

EL VINO Y EL BANQUETE EN LA EUROPA PRERROMANA



**Carlos Sanz Mínguez
Fernando Romero Carnicero
(editores)**

EL VINO Y EL BANQUETE EN LA EUROPA PRERROMANA

Carlos Sanz Mínguez
Fernando Romero Carnicero
editores

El vino y el banquete en la Europa prerromana

Vaccea Monografías, 2

Valladolid, 2009

© De los textos: los autores

Primera Edición: 2009

Segunda Edición: 2010

Edita: Centro de Estudios Vaceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid

Colabora: Protos Bodegas Ribera Duero de Peñafiel

Maquetación y diseño: Centro de Estudios Vaceos “Federico Wattenberg” de la Universidad de Valladolid y Eva Laguna Escudero

Impresión: Ochoa Impresores

ISBN: 978-84-7359-550-6

Depósito Legal: VA-610/2009

VINO, BANQUETE Y PODER EN LA EUROPA CENTRO-OCCIDENTAL (SIGLOS VI-V A.C.)*

PATRICE BRUN

Université Paris 1 Panthéon-Sorbonne

A lo largo de los siglos VI-V a.C. los objetos importados de la zona mediterránea son más abundantes que en cualquier otra época anterior en el complejo cultural nord-alpino. Dichos objetos son, en su mayoría, piezas de vajilla cerámicas y metálicas, utilizadas, en las ciudades griegas y etruscas, en los banquetes y, muy particularmente, para el consumo del vino. Estos utensilios de bebida se encontraron en varias decenas de tumbas de la élite social indígena. Dichas observaciones sugieren, por un lado, que el comercio del vino era el motivo principal de las relaciones entre los Estados-ciudades mediterráneos y las sociedades nord-alpinas y, por otro, que los indígenas que detentaban el poder habían adoptado la práctica griega del *symposium* —práctica aristocrática, muy codificada, del banquete, donde se consumía sobre todo vino—, es decir, que estaban inmersos en un proceso de helenización.

Mi propósito aquí será demostrar que esa deducción probablemente no sea exacta. En realidad, lejos de tratarse de una práctica tomada en préstamo de las civilizaciones más complejas de la cuenca central mediterránea, la utilización del banquete y de las bebidas alcohólicas en las estrategias de poder se remonta a un momento mucho más antiguo. Tal utilización adquirió formas diversas, tanto en el tiempo como en el espacio; dichas especificidades indígenas se modifican localmente en el curso de generaciones, o bien adoptan, adaptándolos, rasgos foráneos, como consecuencia de la intensificación de las relaciones de intercambio a larga distancia. En definitiva, lejos de ser una práctica

* Traducción del texto original en francés por Fernando Romero Carnicero y María Teresa Ramos Gómez.

marginal o un capricho superfluo, la organización de banquetes permite a las élites sociales afianzar e incluso aumentar su poder.

La vajilla griega y etrusca en Europa centro-occidental

La vajilla griega y etrusca descubierta en número creciente en los yacimientos del complejo cultural nord-alpino es, sobre todo, metálica en las tumbas y cerámica en los asentamientos. Según François Villard, uno de los mejores especialistas franceses en cerámica griega, esta vajilla “parece, por su composición misma, corresponder a la que se utilizaba habitualmente, en la misma época, en la práctica aristocrática del *symposium* al modo griego: se encuentran, efectivamente, en dicha vajilla, las ánforas de vino, las cráteras de diversos tipos utilizadas para la mezcla del vino con el agua (adviértase incluso la presencia de hidrias en las que se guardaba el agua), los vasos para beber de calidad, entre los que predominan las copas, todos los cuales figuran en los banquetes representados en los vasos áticos” siguiendo al mismo autor, los griegos, “en la segunda mitad del siglo VI, transportaban hasta el territorio de los Celtas estas mercancías cuyo valor aumentaba aún más con la distancia: el vino y, para beberlo en compañía, los vasos pintados griegos”.

La tradición del vino de honor es evocada por Homero en relación con reuniones, en torno al jefe, de los guerreros que formaban su comitiva. Tal y como ha señalado Schmitt-Pantel esta práctica, que tiende a afirmar y reforzar la función guerrera, está probablemente en el origen del imaginario del banquete griego, en su función social y simbólica de fijación de la comensalidad para la aristocracia arcaica. Estos banquetes representados en el arte griego pueden tener diversas motivaciones: banquete cultural de heroización, banquete conmemorativo en honor de un difunto, incluso banquete del más allá para los justos en busca de la embriaguez eterna. Los comensales de un banquete-*symposium* perfuman su cuerpo y el lugar, como ponen de manifiesto los aríbalos y los pebetes. Se entregan a abluciones sirviéndose del *lebes* sobre su trípode y de la *phiale*. Comen también, pero sólo frutas y temtempiés; nada de carne. Sobre todo beben, y la crátera se convierte en el símbolo de la élite.

Sólo podemos acceder a los componentes de las vajillas a partir de las tumbas. Sin embargo, los encontrados en las cámaras funerarias

nord-alpinas no forman servicios que se correspondan plenamente con la ceremonia codificada del banquete. Evocan más bien el banquete sacrificial del mundo griego, en el que el *lebes*, por ejemplo, servía también de caldero para la cocción de la carne. Los trozos de carne y el cuchillo para cortarla figuran a menudo, efectivamente, en las tumbas. Las observaciones arqueológicas se relacionan aún más con las representaciones etruscas de banquetes funerarios, de festines de despedida, durante los cuales, además, tenían lugar competiciones deportivas y espectáculos de música y danza. Los servicios para beber e incluso de ablución se encuentran incompletos, con la sola excepción de la tumba de Vix. Únicamente el gran recipiente para mezclar se encuentra siempre presente en las tumbas con importaciones de finales del siglo VI y del siglo V a.C., pero si se trata de una cratera en Vix, es un caldero en Hochdorf, un *lebes* en Sainte-Colombe, una hidria en Grächwil, una especie de *stamnos* en Bourges, una sítula en Hallein o un caldero y dos cistas en Estissac. Es más, estos vasos no solo no contenían forzosamente vino —el de Hochdorf contenía probablemente hidromiel— sino que tampoco eran todos ellos productos griegos o etruscos. Todas estas observaciones remiten a una larga tradición paneuropea.

La tradición del banquete

El banquete constituye una práctica muy antigua y probablemente universal, tal y como permite pensar la etnología. Adquiere a menudo una forma ceremonial y ritualizada. Las élites sociales lo incluyen en todas partes en sus estrategias de poder. Consiste, para los que dominan, en ofrecer, con profusión, comida y bebida a los convidados más o menos numerosos, con el fin de erigirse en modelos de convivencia, de solidaridad, de sociabilidad, de generosidad, al tiempo que hacen ostentación de su riqueza, su poder, su buena fortuna, su protección por parte de los dioses. Durante el banquete los participantes no ingieren únicamente productos alimenticios: consumen, además, productos “psicoactivos”, alcohol en particular —cerveza, hidromiel, vino, etc.— o droga —rapé, coca, adormidera, cannabis, etc.—.

Desde los inicios del III milenio a.C., época de las dinastías arcaicas, la iconografía próximo-oriental ofrece numerosas escenas de banquete grabadas en sellos-cilindro o en relieve sobre placas. La vajilla

Temas fundamentales del “estilo de vida aristocrático” difundido en Europa a partir del siglo XIV a.C.

metálica juega aquí un papel central. Aparece en Europa en algunas tumbas de la cultura de Maïkop, en el este del Mar Negro, desde finales del IV milenio. Las sociedades del entorno del Mar Negro habían desarrollado, desde mediados del V milenio a.C., una metalurgia del cobre muy productiva y se hallan inmersas, desde el milenio siguiente, en la órbita de las nacientes formaciones estatales del Medio y Próximo Oriente. Los primeros Estados europeos, que se desarrollan en la zona del Egeo durante los ocho primeros siglos del II milenio a.C., proceden del modelo



palacial próximo-oriental y de aportaciones caucásicas y de las estepas en lo que respecta a la metalurgia y la caballería.

La generalización de la metalurgia del bronce, la influencia egea y el relevo centroeuropeo de difusión del caballo montado o uncido explican el nacimiento de un fenómeno importante para nuestro propósito: un estilo de vida aristocrática estandarizado para el conjunto del conti-

nente europeo. En el siglo XIV a.C. las élites sociales parecen haber consolidado su poder sobre comunidades de entre algunos millares y algunas decenas de millares de personas, por lo que pueden denominarse cómodamente jefaturas. Estos jefes muestran su estatus dominante mediante la tenencia de bienes relativos a cuatro temas fundamentales:

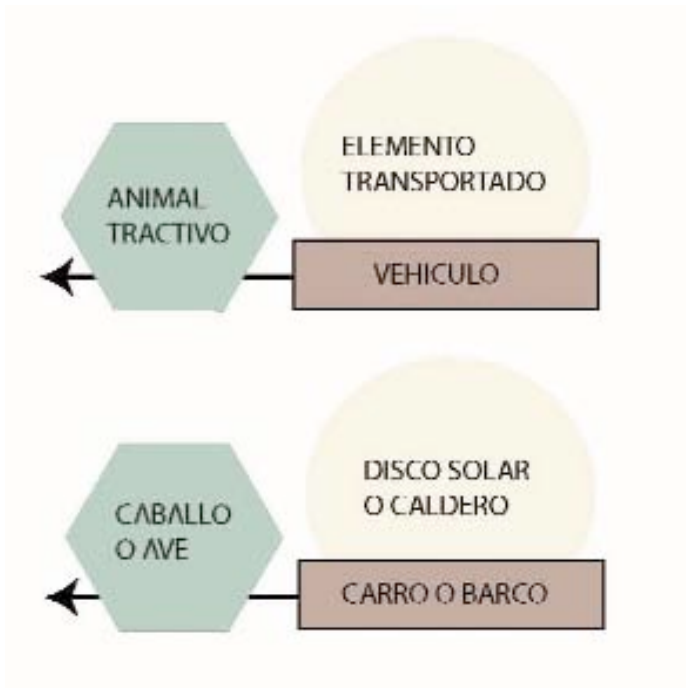
- la guerra, con las armas ofensivas, entre las que la espada es la más importante, y las armas defensivas de láminas de bronce;
- la conducción del caballo, con las piezas de enjaezamiento y de carro;
- el banquete, con la vajilla metálica en particular, para el consumo de bebidas alcohólicas;
- el ornamento corporal, con los adornos y los instrumentos de aseo para el sistema piloso.

Adoptan así, en toda Europa, formas de expresión de su estatus que corresponden a un particular “estilo de vida aristocrática”. Desde entonces es posible imaginar a estos jefes políticos rodeados a menudo de una comitiva de guerreros a tiempo completo o parcial. En el seno de este grupo social, que prefigura ya la caballería medieval, la fraternidad se veía reforzada por relaciones de hospitalidad y reciprocidad. Estas relaciones implicaban valores y rituales comunes, incluyendo consumos de alcohol, sistemas de creencias y códigos de honor, pero también actividades ritualizadas, como la caza, el deporte o la guerra.

De las cuarenta y nueve tumbas con vajilla de bronce inventariadas al norte de los Alpes, para el período del Bronce Final —Bronce D al Hallstatt B3, alrededor de 1350-800 a.C.—, cuarenta y tres incluían un vaso para extraer líquido —taza o copa—, diez contenían un gran vaso y solamente seis un colador; un único conjunto combinaba las tres grandes categorías. La presencia de un gran recipiente, símbolo probable del papel de ordenador del banquete del difunto, se atestigua en las tumbas más ricas: entre las cinco tumbas con carro porta-vaso, cuatro incluían una espada y tres una coraza. Más generalmente, estos grandes vasos ofrecen una asociación preferencial con el carro —que era tirado por un caballo—, la coraza, la espada, el puñal, la lanza y la navaja de afeitar; es decir, que acompañan a miembros de la élite masculina y contribuyen a hacer gala de su estilo de vida aristocrática. Advertimos que, desde esta época, dichos grandes recipientes eran de tipos diversos: un

caldero en tres casos, una cista en otros tres, un ánfora —vasos de bronce con dos asas y cuello estrecho— en tres más y un cubo en un caso.

Esta tradición no cambia con el comienzo de la Primera Edad del Hierro en los inicios del siglo VIII a.C. La vajilla metálica está a menudo ausente en las tumbas ricas, pero la noción del banquete se ilustra entonces con servicios de cerámica, en cantidades impresionantes en algunos casos. Un cambio importante se produce a finales del Hallstatt C, a mediados del siglo VII a.C., con la aparición de innegables servicios de banquete, así como, por otra parte, del carro, en algunas tumbas femeninas, como en Mitterkirchen, en la Baja Austria. Este aparente cambio de estatus de las mujeres —o al menos de algunas de ellas— se manifiesta también en el hecho de que la tumba fundacional de un túmulo destinado a recibir difuntos de los dos sexos y de todas las edades pueda ser en lo sucesivo la de una mujer. Estos indicios preludean los de algunas tumbas femeninas muy ricas del Hallstatt D2-D3 y de la Tène A e incluso B —la famosa tumba de Weiskirchen, en la que figuran todos los símbolos reservados en otro tiempo a la élite masculina, salvo el armamento—.



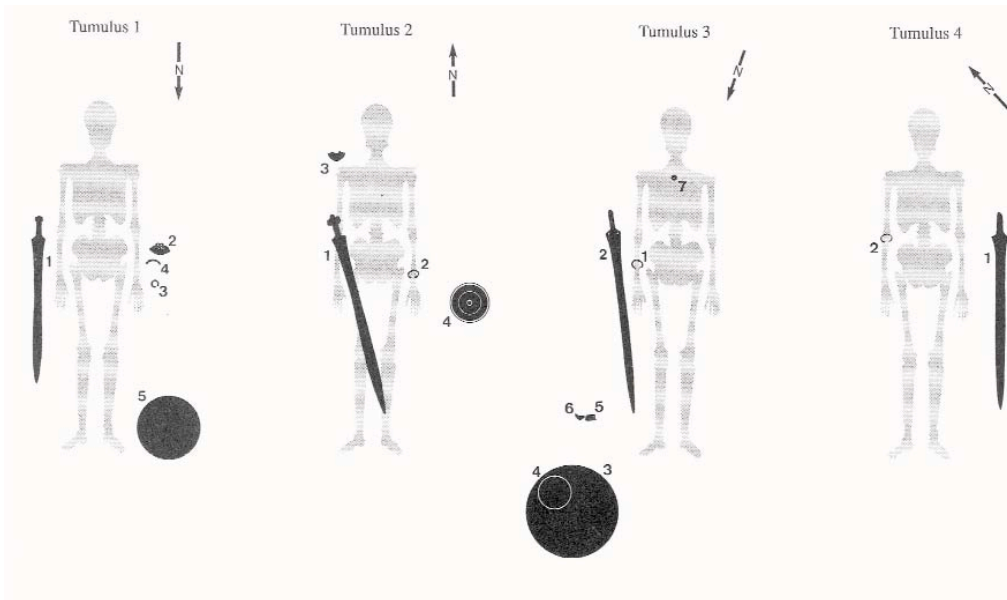
Estructura de un probable tema mitológico central con dos caras, una diurna y otra nocturna.

Símbolos de estatus y símbolos religiosos

Así, del Bronce D al Hallstatt C, el símbolo de estatus por excelencia, el símbolo de poder, es un arma. Entre los poseedores de este símbolo se distinguen aquellos que son enterrados con la vajilla de bronce; en particular un caldero o vaso para mezclar. En el curso de este largo período, las tumbas femeninas tienden cada vez más a rivalizar en riqueza con las tumbas masculinas más opulentas. Sin embargo hasta el Hallstatt D2-D3 no puede apreciarse una equivalencia real. En consecuencia, aun si las tumbas de hombre se mantienen mayoritarias y provistas de un arma que simboliza verosímilmente también la virilidad, podemos pensar que las princesas cuya sepultura conocemos fueron algo más que la esposa o la hija de un príncipe soberano, pudiendo haber ejercido realmente el poder político.

Entre las representaciones simbólicas de la protohistoria, los motivos figurativos resultan muy minoritarios. Están poco diversificados, y aparecen frecuentemente asociados entre sí, de modo que sugieren la existencia de un tema mitológico central. A. Jochenhövel ha insistido, con pertinencia, en el tema “pájaro-sol-barca” —*Vogel-Sonnet-Barken*—. No se trata, sin embargo, más que de una de las facetas de la estructura. Esta se compone, en realidad, de un disco o de un motivo radiado al que la mayor parte de los autores interpreta como un sol, asociado a un vehículo: barco o carro, y a animales tractores: pájaros o caballos; en muchos casos el sol es reemplazado por un vaso para mezclar, caldero o *sítula*, en el cual puede verse un instrumento ritual. En otros términos, existe un elemento suplementario a tener en cuenta que confirma una vieja hipótesis de J. Déchelette sobre el sentido de la representación figurada: parece que el sol y el caldero fueran intercambiables, como indican los grandes recipientes de bronce, montados sobre un carro; el de La Côte-Saint-André sigue siendo el mejor ejemplo francés. Intercambiables también parecen ser el barco y el carro, por un lado, y el pájaro y el caballo, por otro. El tratamiento estilístico, a menudo idéntico, de estos dos animales refuerza esta idea, como testimonian varios objetos de Hallstatt. Este tema mitológico central figura sobre varios tipos de soportes:

- en objetos que aparecen en el tema mismo: calderos y carros;
- en adornos: pendientes, alfileres de rueda;
- en armas: corazas, escudos.



Posición de los objetos en las cuatro tumbas tumulares de Poiseul-la-Ville (Côte-d'Or, Francia). La de los esqueletos es hipotética; las formas circulares situadas a los pies de los difuntos representan las vajillas metálicas (Chaume y Feugère, 1900, fig. 43).

En las tumbas, los objetos así decorados se encuentran preferentemente asociados entre sí, lo que muestra que este tema simbólico religioso está estrechamente correlacionado con los símbolos de poder. Esta correlación sugiere que quienes detentaban el poder político poseían también una función religiosa: la de mediadores especializados entre los hombres y lo sobrenatural.

La interpretación del tema solar que proponía J. Déchelette en su manual, a partir de un mito griego, hacía referencia al recorrido del sol en el cielo. Para los habitantes del oeste europeo, el sol se eleva sobre un horizonte terrestre; realizaba su trayecto diurno en carro tirado por caballos y desaparecía por el oeste en el océano infinito para los humanos de la época, franqueándolo durante la noche en un barco arrastrado por pájaros, para reaparecer por el este, después de haber cambiado de vehículo, recomenzando el ciclo. No sería sorprendente, en efecto, que sociedades agrícolas, necesariamente muy atentas al ciclo solar, hayan hecho de él un principio vital deificado. En esta perspectiva, el carácter intercambiable del sol, principio de vida, y el caldero, gran contenedor de alimentos o de bebida, resulta lógico. Por otra parte, los mitos europeos hacen del caldero no sólo un símbolo de la abundancia en el que siempre hay alimento hasta la saciedad —siendo el Grial su versión cris-

tianizada—, sino también un símbolo vital mágico, puesto que en él se introduce a los difuntos para que resuciten. También se puede ver en esto una posible motivación para emplear los calderos como urnas.

Observamos varios indicios muy interesantes en la documentación arqueológica. En principio, en la muerte al menos, las élites sociales expresan su estatus más por la posesión de objetos simbólicos que por una gran cantidad de bienes. La espada y el puñal, el carro y la vajilla de bronce representan claramente los símbolos del poder más elevado. El poder político está simbolizado por un instrumento de coerción: la espada. Cada vez más, a lo largo del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro (1350-475 a.C.), el poder se manifiesta a la vez como político y religioso. Está simbolizado por un vehículo que confiere superioridad militar, al tiempo que una aptitud para controlar territorios más amplios y, quizá, una cierta identificación con el sol divinizado: el carro, y por un objeto destinado a la redistribución en el curso de las reuniones con carácter ceremonial y religioso muy probable: el caldero, es decir, un vaso para mezclar y para servir a un grupo, probablemente bebidas alcohólicas. Parece que, una vez estabilizada y ampliada su base territorial, el poder tendiera a minimizar la simbología guerrera para privilegiar los símbolos religiosos y de redistribución. En este contexto no es sorprendente ver aparecer tumbas femeninas tan suntuosas como las más suntuosas tumbas masculinas, con, en particular, los símbolos del poder supremo que parecen haber constituido los servicios de banquete grecoetruscos. En cuanto el jefe ya no tiene que asentar su legitimidad en su capacidad guerrera personal, las mujeres en efecto, ya no tienen handicap objetivo para ejercer el poder. No se debe probablemente al azar el que la fragmentación territorial que se produjo en la Tène A —475-400 a.C.— se acompañe de una vuelta a la espada en las tumbas de la élite social, es decir, de un retorno a la legitimación más militar que religiosa. Conviene sin embargo resaltar la persistencia de tumbas femeninas muy ricas conteniendo ya sea piezas de vajilla mediterráneas, ya sea un carro. El conjunto de estas correlaciones aboga por una encarnación en la misma persona de las funciones políticas y religiosas supremas.

M. Godelier ha insistido sobre el hecho, generalmente observado por los etnólogos, de que el poder no es impuesto, sino que presenta más bien la apariencia de ser un servicio que rendirían los dominantes a los dominados; entre esos servicios, él sitúa en primer lugar los servicios mágico religiosos destinados a controlar ritualmente una naturaleza pro-

gresivamente domesticada, insistiendo sobre la frecuente monopolización de los rituales de fertilidad y de la comunicación con los ancestros y los dioses. Nuestros indicios van precisamente en ese sentido. Parece, en consecuencia, que en el curso del Bronce Final y la Primera Edad del Hierro, el reforzamiento de la división social se apoyara sobre el control de las actividades religiosas y el monopolio de la comunicación con los ancestros y las potencias divinas.

La Europa centro-occidental en los siglos VI y V a.C.

En el siglo VI a.C. el estímulo greco-etrusco influyó sobre la organización precedente haciendo posible el famoso fenómeno principesco. La demanda de las ciudades mediterráneas se manifestó entonces de manera creciente en la Europa central; pero sobre todo, en la zona occidental, ligada a la fundación de la colonia griega de Marsella. Las ciudades griegas y etruscas expresaron tal demanda de materias primas, que se vieron obligadas a ampliar su área de aprovisionamiento hasta englobar una gran parte del continente. En este vasto sistema puede suponerse que ciertos jefes locales bien situados se erigieran en intermediarios obligados. Al lograr una posición de monopolio de los intercambios, y por consiguiente de los bienes de prestigio mediterráneos, pudieron extender su control sobre los territorios vecinos. En el marco de una economía de prestigio, hicieron de otros dominadores locales una especie de vasallos. Estos príncipes aseguraron las relaciones entre las ciudades mediterráneas con, por un lado, las comunidades productivas que ellos controlaban, y, por otro, las comunidades más septentrionales. Así se formaron unidades políticas centralizadas de una entidad hasta entonces inédita en Europa.

Que el estímulo mediterráneo actuara tan rápidamente implica que la organización social local estaba preparada para recibirlo. Conlleva la existencia de territorios estables y bien coordinados. Sin embargo, al igual que en la Edad del Bronce, esta dependencia de los principados frente al exterior los dejaba en una situación de gran fragilidad. Pero no fue una interrupción del aprovisionamiento de bienes de prestigio lo que causó la desintegración de los principados. De hecho, los productos etruscos siguieron franqueando los Alpes durante todo el siglo V a.C. Existe otra causa externa posible. Puede pensarse que los principados

del siglo VI a.C. sufrieran el revés de un ensanchamiento de la red de intercambios.

Se han atestiguado o supuesto una decena de centros “principescos”, pero cabe suponer otros fuera de la zona bien conocida. Al este, W. Kimmig propuso varios, de los que el de Hellbrunner Berg de Salzburgo, en Austria, parece muy probable en virtud de la proximidad del complejo de Dürnberg, bien documentado. El establecimiento de Závist, en Bohemia, constituye otro serio candidato, con su santuario construido sobre impresionantes podios de piedras. Al norte, al pie del asentamiento fortificado de Glauberg, cerca de Büdingen, el reciente descubrimiento de la monumental tumba con torques de oro y, muy cerca, de la estatua de tamaño natural representando al difunto, ha venido a confirmar otra hipótesis de Kimmig. Al oeste, cerca de Vichy, donde las tumbas habrían contenido cerámica ática, el lugar en alto fortificado de Bègues ha proporcionado un fragmento de asa etrusca suscitando así un apasionante programa de verificación. Pese a su escasa duración, el fenómeno contempla el desarrollo y el declive de los centros principescos de forma un poco escalonada, antes que nuevas primicias surjan más lejos hacia el norte; algunos alcanzando quizá la madurez como Glauberg, e interrumpiéndose la mayoría al desencadenarse las migraciones hacia el 400 a.C.

La presencia de vajillas griegas o etruscas resulta evidentemente de crucial importancia en nuestra evaluación de la jerarquía de los yacimientos de los siglos VI y V a.C. Parecen estar presentes sobre todo en las tumbas de los más poderosos y en los asentamientos fortificados donde residían. En cambio no son muy frecuentes en estos yacimientos los contenedores de vino, las ánforas, al contrario que en las aglomeraciones no fortificadas, como Lyon o Bragny-sur-Saône, adonde llegaban en número mucho mayor. No es, finalmente, seguro que los indígenas, élites incluidas, hayan consumido mucho vino, incluso en los servicios concebidos para ello en Grecia. Este argumento se suma a los de la variabilidad de los servicios y de la anterioridad de la práctica del banquete aristocrático para descartar la idea de una “helenización”, e incluso de la simple adopción de una costumbre griega. Nos encontramos, muy probablemente, con una práctica de banquete que se generaliza en Europa, con un tipo de estilo de vida aristocrático, en la segunda mitad del II milenio a.C. Esta práctica es sobre todo visible en las tumbas de los poderosos, donde aparece de manera más o menos acentuada según los tiempos y los lugares. Se hace notar con ostentación allí donde las éli-

tes sociales experimentan dificultades en sus tentativas de fundación dinástica, o bien cuando el poder se encuentra mal legitimado. Aunque respeta un esquema básico, la composición de los bienes depositados en estas tumbas varía en el detalle. El mundo griego otorga una importancia particular al vino y fabrica una vajilla específica que utiliza con sus propios códigos. Sólo algunos de estos elementos son adoptados por los potentados nord-alpinos, probablemente porque demuestran su vínculo con aliados más poderosos, pero únicamente en la medida en que se integran en las prácticas locales tradicionales.

Los servicios para beber vino, importados de las ciudades griegas y etruscas en los siglos VI y V a.C. en Europa centro-occidental, no eran simples objetos de curiosidad, adquiridos según las oportunidades de una difusión aleatoria. Eran exhibidos para hacer notar a la población local los contactos privilegiados mantenidos por los detentadores del poder con aliados prestigiosos; aliados demandantes de recursos cuyo aprovisionamiento proporcionaba medios de enriquecimiento y, en consecuencia, de aumento de su influencia política. El origen lejano y la alta calidad técnica de estos regalos diplomáticos proclamaban la impresionante dimensión alcanzada por la red de intercambios en la que participaban las élites indígenas. El carácter exótico de estas piezas de banquete quedaba no obstante limitado, puesto que se incluían en un conjunto de prácticas activas en toda Europa desde, al menos, setecientos años. Subrayaban pese a todo la importancia de los banquetes y, más generalmente, de los festines en las estrategias de poder en el seno de las jefaturas. Las ocasiones de organizar un banquete eran numerosas: nacimiento, rito de paso a la edad adulta, matrimonio, victoria militar, cambio de estación, trabajo de interés colectivo, enterramiento, etc.

El enterramiento posee el interés particular para la arqueología de sellar en la tumba un depósito. Este último podría a menudo corresponderse con elementos del banquete funerario. Podemos pensar, en efecto, que el difunto era tratado como uno de los convidados, a quien se reservaba su parte de alimentos y bebidas, y además, cuando pertenecía a la élite social, se depositaban junto a él en la sepultura, los objetos que simbolizaban su papel de dispensador de banquetes. En realidad, son sus allegados quienes realizaban dicho depósito, probablemente para indicar que iban a proseguir en la misma vía, es decir, que tenían la capa-

ciudad y la voluntad de asumir las funciones de jefe político y religioso. Este aparente despilfarro de riqueza en la tumba, constituiría en suma, una inversión en términos de comunicación; una inversión tanto más elevada cuanto la situación de la familia dirigente fuera frágil. Esta propuesta explicaría bastante bien la irregularidad y variedad de estos depósitos funerarios ostentosos, su elevado número durante los momentos de trastornos políticos y a lo largo de las principales vías de comunicación por las que circulaban más deprisa y más intensamente los bienes, las personas y las ideas.

Bibliografía

- BRUN, P. (1987): *Princes et princesses de la Celtique, le Premier Age du Fer (850-450 av. J.-C.)*. Errance, Paris.
- BRUN, P. y CHAUME, B. (dirs.) (1997): *Vix et les éphémères principautés celtiques. Les VIe-Ve siècles av. J.-C. en Europe centre-occidentale*. Actes du colloque international de Châtillon-sur-Seine, octobre 1993. Errance, Paris.
- CHAUME, B. y FEUGÈRE, M. (1990): Les sépultures tumulaires aristocratiques du Hallstatt ancien de Poiseul-la-Ville (Côte-d'Or). 2e supplément à la Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est, Dijon : Revue Archéologique de l'Est et du Centre-Est.
- FRANKENSTEIN, S. y ROWLANDS, M.J. (1978): "The internal structure and regional context of Early Iron Age society in southwestern Germany". *Institute of Archaeology Bulletin*, 15: 73-112.
- KOSSACK, G. (1954): *Studien zum Symbolgut der Urnenfelder- und Hallstattzeit Mitteleuropas*. Römisch-Germanische Forschungen, 20. De Gruyter, Berlin.
- MERHART, G. VON (1969): *Hallstatt und Italien*. Verlag des Römisch-Germanischen Zentralmuseums. Philipp von Zabern, Mainz-
- VILLARD, F.: "Des vases grecques chez les Celtes". En *Les princes Celtes et la Méditerranée*. La Documentation Française, Paris: 333-341.

Indice

7

Presentación

11

Los orígenes de la viticultura y del consumo de vino

Elisa Guerra Doce

35

El simposio griego. Una práctica social entre iguales

Ricardo Olmos

53

Banquete y mundo funerario entre los etruscos

Santiago Montero

67

Vino, banquete y poder en la Europa centro-occidental (siglos VI-V a.C.)

Patricie Brun

81

Vino, ritual y poder en el mundo céltico

Francisco Marco Simón

93

Banquete y consumo del vino en la Galia a finales de la Edad del Hierro

Matthieu Poux

113

La recepción del vino en Tartessos

Sebastián Celestino Pérez

125

Producción y consumo del vino entre los iberos

Fernando Quesada Sanz

143

Del banquete y la bebida en la céltica del Suroeste

Luis Berrocal-Rangel

159

Consumo y producción de vino entre los celtíberos del Alto Duero
Alfredo Jimeno Martínez

173

El origen del vino en el valle medio del Ebro
Francisco Burillo Mozota

193

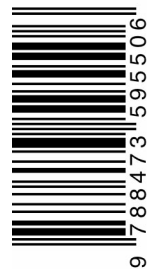
Huellas del consumo del vino en las necrópolis vettonas
Jesús Álvarez-Sanchís

213

Los inicios del consumo de uva y ¿del cultivo de la vid? en Cauca vaccea
J. F. Blanco García

225

El vino entre las élites vacceas.
De los más antiguos testimonios a la consolidación de su consumo
Fernando Romero Carnicero, Carlos Sanz Mínguez y Cristina Górriz Gañán



Universidad de Valladolid
Centro de Estudios Vacceos
"Ferdérico Wattenberg"

